

ruidosa gritaría la hostiga y la persigue hasta conseguir que se aleje. Algunas veces obra con más reflexión si el enemigo es formidable, y cuando ve á un hombre que observa su nido traslada los huevos á otra parte, llevándolos entre los dedos.

Pretenden ciertos cazadores que la urraca posee conocimientos aritméticos que no llegan, sin embargo, más allá del número cinco. Dicen que si el animal ve entrar un hombre en la choza construída al pie del árbol en que tiene el nido, no va á él hasta que haya visto salir al hombre de la cabaña; que si se trata de engañarla entrando dos y saliendo uno, lo conoce perfectamente y no se mueve hasta la salida del segundo, verificando lo mismo con tres, con cuatro y hasta con cinco; pero que si entran seis cazadores, el sexto puede quedarse sin que el ave lo note; de lo que resulta, si es cierto, que el ave comprende de repente la serie de las unidades hasta el número cinco.

Las aves de que hablamos son más bien rapaces que otra cosa, por sus instintos carnívoros y batalladores. Tienen un pico fuerte, retorcido hacia la punta, acorado, sesgado; en una palabra, de conformación adecuada á sus costumbres y modo de vivir. Se alimentan de insectos grandes, de avispas y de abejorros, gustando mucho también de la carne de pájaros y de pequeños roedores, á los que hacen implacable guerra.

La urraca más conocida en nuestros climas es un pájaro nada feo, altivo, poco feroz, de plumaje casi rojizo y que parece enorgullecido con el bigote que luce.

A semejanza de sus congéneres caza sin cesar insectos himenópteros, y tiene la singular costumbre de depositarlos entre los espinos de las zarzas, no sabemos si por pasatiempo ó con ánimo de hacer una despensa para las épocas de escasez.

Su pasión por los pajarillos no tiene límites, y cuando quiere cazarlos pone en juego el talento imitativo de que le ha dotado la Naturaleza, como antes hemos dicho; remeda la voz del padre y de la madre, y los polluelos, al oírlo, revelan á la urraca el sitio donde están, siendo al punto víctimas de la voracidad del cruel enemigo.

Hacia fines de verano pone en práctica una nueva astucia, imitando las quejas de un pájaro cualquiera, que se siente, de pronto, prisionero en un lazo; las demás aves, atraídas por la curiosidad, acuden y no tardan en morir bajo los formidables picotazos de la urraca.

La carne de ésta tiene bien poco mérito, y se la caza más por destruirla que por aprovecharse de ella.

No merece, sin embargo, que se la coloque en la clase de los pájaros dañinos, porque no debe olvidarse que si esos bandidos desolladores, como les llaman los alemanes, destruyen gran cantidad de fringillas, auxiliares poderosos de la agricultura, devoran, en cambio, millares de mamíferos é insectos á cual más perjudicial, y, por tanto, en vez de aniquilar la especie de las urracas, es más prudente y juicioso moderar su multiplicación (1).

## IV

El águila real ó *águila fulva* es en España mucho más rara de lo que yo antes había presumido. Este país, por las altas montañas y rocas de que está dotado, parece que debiera ofrecer magnífico albergue á las águilas de esta especie, y, sin embargo, es un error creer que se las puede hallar por todas partes. En las tierras llanas de España no he podido ver ni un solo ejemplar de *águila fulva*, y en muchas montañas, ó bien no se encuentra, ó es un animal muy raro. En la misma montaña de Montserrat, cuyos peñascos pueden ofrecer seguro abrigo á los nidos de esta águila, no me fué posible ver ningún ejemplar, y los pastores de aquella localidad no me pudieron dar razón de ella.

En el Monte Real del Pardo, cerca de Madrid, acudió á la carniza un *águila fulva*: se estuvo cerniendo sobre ella, pero una sola vez, alejándose luego del sitio. En las cercanías de Murcia se eleva una sierra amarillenta, de poca altura, completamente desnuda de vegetación. En ella uno de mis amigos encontró un nido de estas águilas sobre una cortadura de poca elevación y perfectamente accesible; pero estuvo todo un día esperando en vano la llegada de los padres, que se estaban cerniendo en los aires á su vista, aunque á gran distancia.

En la sierra de Ronda se encuentra alguno que otro nido de esta águila, y tuve ocasión de ver allí mismo confirmada mi creencia contemplando un campesino que llevaba un pollo de esta especie cubierto todavía con el bozo. En Sierra Nevada divisé á gran distancia un *águila fulva*, y uno de los individuos de mi séquito halló un nido, al que no pudo acercarse por encontrarse hecho en unas peñas inaccesibles.

En Portugal vi varias águilas fulvas preparadas para su colocación en las colecciones de historia natural,

(1) Ilustración Venatoria.

y me fué comunicada por persona competente la noticia de que en todas las partes del reino de Portugal que tienen condiciones para ello se encuentra el *águila fulva*, habiéndose encontrado el año anterior un nido en las cercanías de Lisboa.

En el norte de España, en las llamadas *peñas de Europa*, divisé varias águilas, que se cernían sobre los valles, teniendo ocasión de ver un nido sobre una peña inaccesible. Mientras estaba formando el plan que debía seguir para acercarme á él, pasó varias veces la madre volando á algunos metros de distancia del sitio en que me hallaba; pero no me era posible coger mi arma, por necesitar las manos para agarrarme á las peñas. Al regresar por un terreno más franqueable, el águila, que venía volando hacia mí, se posó sobre una rama seca que salía de las rocas: un balazo puso fin á su vida.

En la sierra de Gredos, tan rica en gigantescas formaciones é imponentes cortaduras como en dilatadas sabanas de nieve, no pude hallar ningún águila fulva, ni los habitantes de aquella comarca pudieron darme indicios de ella.

En las derivaciones del Guadarrama vi una, aunque á gran distancia; pero uno de los que me acompañaban tuvo la dicha de encontrar un nido de las de esta especie, y de matar una hembra, ejemplar magnífico y de un tamaño poco común.

Mucho me alegré de haber encontrado este nido, porque por su medio descubrí una contradicción á la creencia general de muchos naturalistas; creencia errónea, que consiste en suponer que esta águila no anida más que sobre las peñas. Algunos conceden que en los territorios en que no existen cortes de las peñas anidan también en los árboles, pero que sólo lo verifican en casos de necesidad, cuando no pueden pasar por otro punto. Esta opinión es completamente falsa: el águila real ó fulva anida indistintamente en las peñas ó en los árboles, siempre que estos últimos estén situados en sitios poco frecuentados por las gentes y sean bastante elevados; pero en los países muy poblados prefiere anidar en las quiebras de las peñas inaccesibles, por ofrecerle mayor seguridad.

En los bosques de la sierra de Guadarrama el águila real no anida generalmente en los árboles, porque con un corto vuelo se traslada á las inmediatas peñas de esta elevada cordillera cubierta de nieve; y además, en medio de estos bosques, se levanta majestuoso el pico de Peña Blanca, que les ofrece un seguro y magnífico asilo. Esto no obstante, mi compañero de excursión halló no lejos de esta peña un nido de dichas

águilas en lo alto de un pino. Matando á la madre de un tiro, tuvo la desgracia de errar al macho. Estas fueron las últimas águilas reales que encontramos en España: en los cerros del Escorial no acudió ninguna á la carniza. Creo tener suficientes motivos para suponer que en la parte oriental de nuestro país hay más



A maravilla

águilas reales que en toda la península ibérica. Con el gran recelo que usan estas aves, es muy difícil para un observador que está en país para él desconocido buscarlas con seguridad y observarlas con detenimiento: sólo la casualidad nos pone en situación de verlas de cerca, dada su inconstante condición; y aquellos nidos que no están situados en los árboles se encuentran, por regla general, en peñascos inaccesibles. Poder acercarse á un nido de águila real es la empresa más peligrosa y difícil de los que se dedican á coleccionar los pollos ó los huevos de dicha ave. Hasta los nidos de buitre son más fáciles de obtener. También es sumamente dificultoso conseguir de la población rural noticias verídicas acerca del águila mencionada, porque en España en cada localidad la conocen con un nombre distinto. En el norte de la península la llaman *águila*

*pinta*. Por todas partes de España es el ave más temida, y la gente de campo cuenta de ella más hazañas que del *gyppætos barbatus*. El águila real española está cubierta con el plumaje del verdadero tipo del *águila fulva*, muy oscuro, con la cola blanca, con faja negra en la extremidad: todo lo contrario del águila real del norte, la llamada *tipo chrysaetos*. En todas las águilas reales españolas que he visto en los museos he encontrado una grande uniformidad en el color de su plumaje.

Tuve la buena suerte de recoger algunas noticias en España acerca del *águila imperialis* ó *águila Adalbert*, española. Antes quiero referir en qué localidades y con qué circunstancias vi á esta supuesta ave. De paso haré antes algunas reflexiones acerca de si se debe suponer sean las dos una misma, ó si constituyen dos especies separadas la *Adalberti* y la *imperialis*. Estando yo en el Sitio Real del Pardo, cerca de Madrid, poniendo *carniza* para atraer buitres, apareció, casi al mismo tiempo que un *Vultur cinereus*, un águila de pluma casi amarillenta y del tamaño de un águila imperial. Cernióse algunas veces sobre el sitio del cebo, y se posó en tierra al lado de un buitre. El aspecto de esta águila, por el color de su pluma, era muy semejante al del *haliaëtus albicilla*; pero por su vuelo, su aire y las garras cubiertas de pluma, reconocí que tenía en mi presencia á un águila de las más nobles especies. Antes de que le pudiese tirar se lanzó á los aires para seguir á un buitre que se marchaba con un gran trozo de carne. Muy pronto vinieron otras dos águilas de la misma especie, de igual color que la primera, á revolotear alrededor de nuestro escondite, posándose sobre los árboles más próximos, persiguiéndose por espacio de más de media hora en torno de la *carniza*, sin bajar á ella sin embargo. Tuve, pues, ocasión de observar á estos animales con todo detenimiento. Su claro y bello plumaje brillaba al sol de la misma manera que el de las águilas marinas cuando son adultas, y los rápidos movimientos que marcaban demostraban pertenecer á las águilas de las especies dobles. Su voz gruñona nos recordaba el grito del *haliaëtus*; pero no en la parte del sonido vibrante y angustioso que produce este último, tan conocido de los cazadores que le acechan al pie del nido, sino por el sonido ronco gutural que produce el águila marina cuando da á conocer su satisfacción al cernerse sobre su nido en ausencia de todo peligro, ó en los nebulosos días de noviembre cuando sale á dar caza. Nuestras dos águilas gritaban sin interrupción mientras volaban, así como cuando se posaban sobre los árboles: jamás había yo oído á

las águilas llamarse á la *carniza*. Al cabo de poco tiempo apareció una tercera, pero pronto abandonó á sus compañeras para precipitarse á pocos pasos de nuestro escondite. Con un buen tiro disparado por mí puse fin á su vida. De los árboles próximos y del suelo se levantaron asustados por la detonación varios buitres, milanos, cuervos y urrácas, y también las dos águilas se lanzaron al aire, alejándose hacia el interior del monte, describiendo, al cernerse, círculos cada vez de mayor radio.

Durante los dos días que estuve recorriendo el monte del Pardo, no pude ver ninguna otra águila de esta misma especie. Sólo en los pinares de las marismas de la desembocadura del Guadalquivir vi una de la misma pluma que las antes citadas, pero á muy grande distancia, y un nido en lo alto de un pino, del tamaño y construcción de los del águila imperial; pero el español que me acompañaba me aseguró pertenecer al *águila carmelita*, nombre del águila de color claro de que antes hemos hecho mención. En ninguna otra localidad de España he podido hallar águilas de esta especie.

Haciendo una expedición á caballo por Marruecos, en un valle rodeado de peñas, vi un águila de color amarillo claro, que pasó á algunos cientos de pasos de mí, volando bastante baja. Uno de mis compañeros observó otra en otra localidad. Siempre que he podido he hecho referencia de las observaciones practicadas sobre esta águila en libertad. En las colecciones de Madrid, Valencia y Lisboa vi ejemplares disecados de estas águilas, de las jóvenes de la misma especie, con el mismo color de pluma y algunas más oscuras. No pude obtener contestación categórica á mis preguntas, y, por tanto, voy á llamar sobre este punto la atención de los señores ornitólogos que han de emprender pronto un viaje por España. El doctor Reinaldo Brehm (hermano de Alfredo Brehm), que reside en Madrid, descubrió en 1860 el *águila Adalberti* ó *águila leucole-na*, y fijó los siguientes caracteres para conocerla.

1.º Mayor extensión del color blanco en la región de los hombros que el águila imperial, de tal modo, que la ancha faja de color blanco se extiende á lo largo del borde del brazo y del antebrazo, comprendiendo el nacimiento de las primeras remeras.

2.º El color de la pluma es más oscuro en su conjunto.

3.º Por el contrario, cuando jóvenes, las fajas que atraviesan la pluma por su parte inferior son menos perceptibles. Además del águila de esta especie, á la que llamaremos *águila del Principe*, existen también



LA REINA DE LAS AVES, POR SPECHT